

«He dado mi palabra al rey—dijo Lafayette—de salvar á los suyos. Haced cumplir mi palabra.» Se salvó el guardia, pero Lafayette corría peligro. Un furioso gritó: «¡Matadle!» Lafayette, muy sereno, ordenó detenerle. La multitud, obediente, lo apresó y lo llevó junto al general, arrojándolo bruscamente al suelo é hiriéndole en la caída.

Lafayette entra. Madame Adelaida, cuñada del rey, le abraza: «Sois vos quien nos ha salvado»—le dice. Corre Lafayette al gabinete del rey. ¿Quién creeria que subsistía la etiqueta? Un gran oficial le detiene un momento y después le deja pasar, diciéndole: «Señor, el rey os otorga *entrada franca*.»

El rey se asoma al balcón. Un grito unánime se eleva: «¡Viva el rey! ¡viva el rey!»

«¡El rey á París!» es el segundo grito. Todo el pueblo y la tropa lo repiten.

La reina estaba allí junto á una ventana; su hija abrazada á ella; delante el delfín. El niño, jugando con los cabellos de su hermana, dice: «¡Mamá, tengo hambre!»

¡Dura reacción de la necesidad!... ¡El hambre pasa del pueblo al rey!... ¡Oh, Providencia, Providencia!... ¡Gracias! porque aquel que primero siente el hambre es un niño, y con él el corazón de su madre!...

En este momento surge un grito formidable: «¡La reina!»

El pueblo quería verla en el balcón. Ella vacila. «¡Cómo! ¿Sola?» —«Señora, no temáis nada!»—le responde Lafayette.

Va al balcón, pero no sola, sino teniendo una salvaguardia admirable: de una mano su hija y de la otra su hijo.

La gran escalera de mármol, llena de pueblo, aparecía terrible, engendradora de rumores irritados; los guardias nacionales colocados alrededor no podían responder del centro. Había allí hombres furiosos, ciegos, con armas de fuego cargadas.

Lafayette estuvo admirable; arriesgó por aquella mujer temblorosa su popularidad, su porvenir, su vida. Apareció con ella en el balcón y le besó la mano.

La multitud se conmovió. El enternecimiento fué unánime. Se vió en ella á la mujer y á la madre nada más... «¡Ah, qué bella!... Pero qué, ¿es la reina?... ¡Cómo acaricia á sus hijos!...»

¡Gran pueblo, que Dios te bendiga por tu clemencia y tu olvido (1)!

El rey estaba demudado y tembloroso cuando la reina entró en el balcón. Pasado el peligro, dijo á Lafayette: «¿No podríais hacer algo también por mis guardias?»—«Dadme uno»—respondió el general.—Lafayette le lleva al balcón, le pide preste el juramento y enseñe al

(1) La declaración más curiosa es la de la valiente mujer La Varenne. En ella se ve perfectamente el comienzo de una leyenda. Aquella mujer es testigo ocular y actriz; por salvar á un guardia de corps recibe una herida; siente todo el espectáculo y agrega á ello su buena fe: «La reina aparece en el balcón; Lafayette dice: La reina ha sido engañada... Promete amar á su pueblo y permanecer agregada á él como Jesucristo á su Iglesia. En señal de aprobación, la reina, derramando lágrimas, levanta dos veces la mano. El rey pide gracia para sus guardias, etc.»

pueblo su sombrero con la escarapela nacional. El guardia le abraza y el pueblo estalla en un grito: «¡Vivan los guardias de corps!» Para mayor seguridad los granaderos tomaron los sombreros de los guardias y les dieron los suyos, mezclándose así de tal modo que no se pudiera disparar sobre ellos.

El rey tenía la más viva repugnancia á partir de Versalles. Abandonar la residencia real era para él lo mismo que abandonar la corona. Pocos días antes había rechazado los ruegos de Malouet y otros diputados que para alejarse de París le rogaban trasladara la Asamblea á Compiègne. Y ahora era preciso abandonar Versalles para ir á París en medio de aquella terrible multitud... ¿Qué ocurriría á la reina? No osaba pensarlo.

El rey rogó á la Asamblea se reuniera en el castillo. Una vez allí, la Asamblea y el rey unidos, con el apoyo de Lafayette, se hubiera conseguido que los diputados rogaran al rey no marchara á París. Este ruego se hubiera presentado al pueblo como un voto de la Asamblea. Todo aquel gran movimiento concluiría allí; el cansancio, el abandono, el hambre, poco á poco hubieran agotado las energías del pueblo.

Hubo en la Asamblea, que comenzaba á reunirse, dudas y vacilaciones.

Nadie tenía prejuicio hecho, idea preconcebida. El movimiento popular había cogido á todo el mundo de improviso. Los espíritus más penetrantes no habían previsto nada de ello; ni Mirabeau, ni Sieyes. Cuando recibió la primera noticia, dijo éste. «No comprendo nada. Esto marcha en sentido contrario.»

Creo que quería decir: «Contrario á la Revolución.» Sieyes en aquella época era todavía revolucionario y acaso partidario de la rama de Orleans.

Que el rey abandonara su vieja corte de Versalles, que viviera en París, en medio del pueblo, eran motivos, sin duda alguna, para que Luis XVI se hiciera popular.

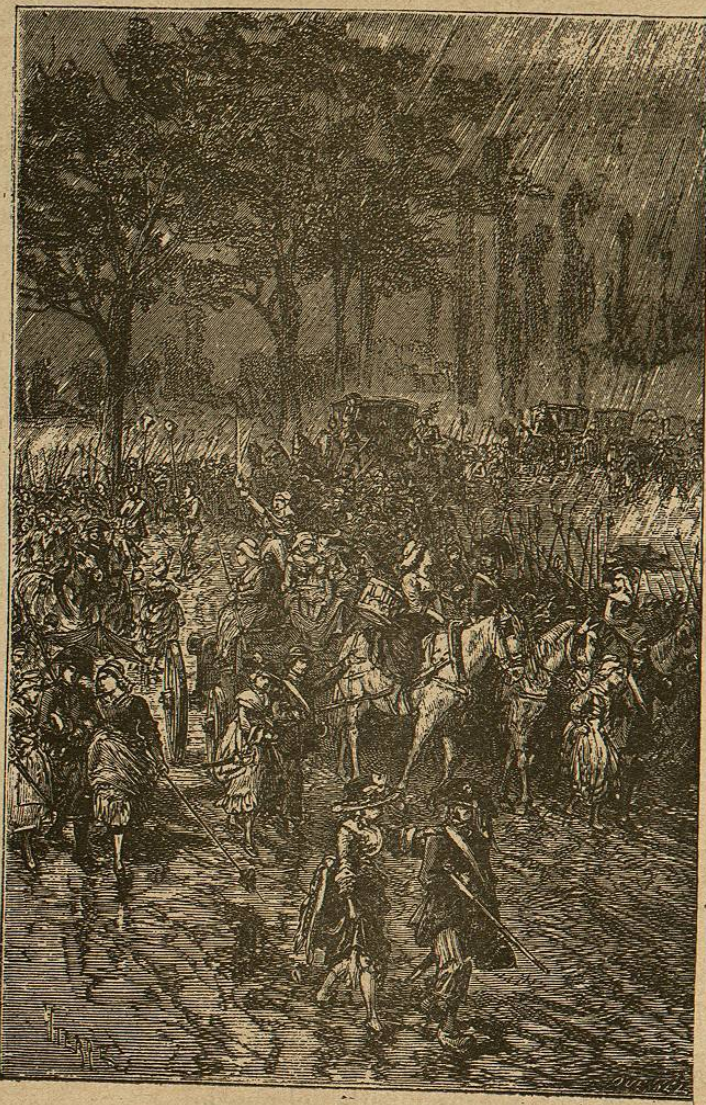
Si la reina (muerta ó fugada) no le hubiese seguido, los parisienses hubieran sentido renacer en sus corazones el amor á su rey. Durante mucho tiempo habían sentido debilidad por aquel hombre gordo que aparecía á los ojos de la multitud con aire de bondad y paternal buena fe.

Antes hemos visto cómo las mujeres del mercado le llamaban un *buen papá*; este era todo el pensamiento del pueblo.

Aquel traslado á París que aterraba tanto al rey, asustaba en sentido inverso á los que querían continuar y afirmar la Revolución, y todavía más á los que por miras patrióticas ó personales querían dar la intendencia general ó más aun al duque de Orleans.

Lo peor que podía ocurrir á éste, á quien se acusaba locamente de querer matar á la reina, era que la reina muriese, y que el rey solo, libre de aquella impopularidad viva, fuese á establecerse en París, amparándose en manos de los Lafayettes y los Baillys.

El duque de Orleans era perfectamente inocente del movimiento del 5 de Octubre. No supo qué hacer ni cómo aprovecharlo. Aquel día y la noche siguiente se agita, va y viene. Las declaraciones de los testigos

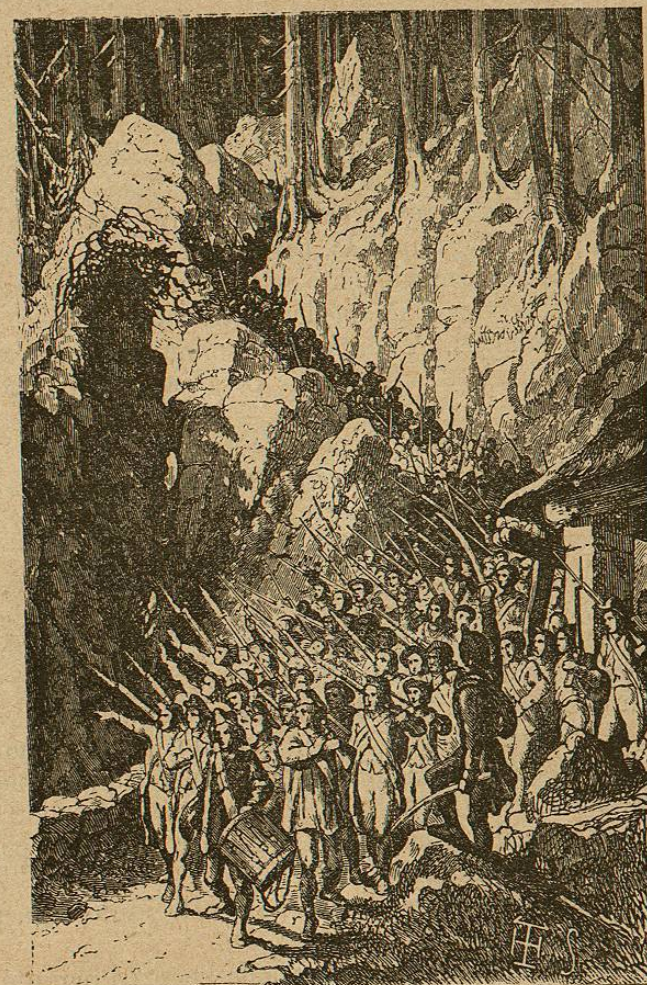


Se marchaba lentamente, convertido, el camino en un barrizal... (Pág. 278)

prueban que se le ve en todas partes, entre París y Versalles y que en ninguna parte hace nada (1).

(1) Todo lo que parece haber hecho, fué autorizar, en la noche del día 5, al cantinero de la Asamblea para que diese víveres al pueblo que había en la sala.—No hay tampoco indicio de que hubiera trabajado mucho desde el 14 de Julio al 5 de Octubre, salvo una torpe y frustrada tentativa hecha por Danton en su favor cerca de Lafayette. Véanse las *Memorias* de éste.

En la mañana del día 6, entre ocho y nueve, aparece el duque de Orleans en los alrededores del castillo, manchados de la sangre de los asesinatos, saludando al pueblo sonriente con una enorme escarapela en el sombrero.



Todos se ponen sobre las armas, y parten como en tiempo de las cruzadas... (Pág. 282)

Para reunir la Asamblea, apenas había cuarenta diputados propicios á dirigirse al castillo. La mayor parte, bastante inciertos, estaban reunidos en la sala. El pueblo, que llenaba las tribunas, concluyó con aquella incertidumbre; apenas se comenzó á hablar de ir al castillo, el pueblo prorrumpió en gritos.

Mirabeau se levantó entonces, y siguiendo su costumbre de encu-

brir con lenguaje fiero sus obediencias al pueblo, dijo: «que la libertad de la Asamblea se comprometería si deliberaba en el palacio de los reyes, que no era digno de ella abandonar el lugar de sus sesiones y que bastaría con enviar al rey una diputación.»

El joven Barnave apoya á Mirabeau. En vano contradice Mounier, que presidía.

Al fin se sabe que el rey consiente en marchar á París y la Asamblea decide, á propuesta de Mirabeau, que para la reunión actual era ella inseparable del rey.

El día avanza. Es cerca de la una de la tarde... Es preciso partir, abandonar Versalles... ¡Adiós, vieja monarquía!

Cien diputados rodean al rey y todo un ejército y todo un pueblo. El rey se aleja del palacio de Luis XIV para no volver allí jamás.

La multitud se pone en movimiento delante y detrás del rey.

Hombres y mujeres van como pueden, á pie, á caballo, en carros, en las cureñas de los cañones. A mitad de camino se encuentran con placer un convoy de harinas. ¡Excelente cosa para la ciudad hambrienta!

Las mujeres llevan en sus picas pedazos de pan, ramas de árboles, ya amarillas en Octubre. Iban muy alegres, y á su manera, eran amables, menos las que rodeaban el coche de la reina. «Aquí llevamos—gritaban—al panadero, á la panadera y al marmitón.»

Creían todas que teniendo al rey no podrían jamás morir de hambre. Todas eran aún realistas y marchaban muy alegres, por poder al fin poner en buenas manos aquel *buen papá*; no tenía mucho talento ni era hombre de palabra, pero de esto tenía la culpa su mujer. Una vez en París no faltarían buenas mujeres que le aconsejaran mejor.

Todo esto es, á la vez, alegre, triste, violento, gozoso y sombrío.

El cielo no contribuía á aumentar ni mantener siquiera aquellas esperanzas. Había llovido. Se marchaba lentamente, convertido el camino en un barrizal. A cada momento, alguno, por regocijo ó por descargar su arma, disparaba un tiro.

El coche real avanza escoltado, con Lafayette junto á la portezuela.

La reina estaba inquieta. ¿Estaba segura de llegar? Preguntó á Lafayette lo que pensaba, y éste lo preguntó á su vez á Moreau de Méry, que habiendo presidido el Hotel de Ville en los famosos días de la Bastilla, conocía el terreno que pisaba.

Moreau respondió con estas significativas palabras: «Dudo que la reina llegue sola á las Tullerías, pero una vez en el Hotel de Ville volverá.»

He aquí al rey en París, en el único lugar donde debía estar, en el corazón mismo de Francia. Esperemos que sea digno de ella.

La revolución del 6 de Octubre, necesaria, natural y legítima, fué completamente espontánea, imprevista, verdaderamente popular; perte-

neciendo, sobre todo, á las mujeres, como la del 14 de Julio fué hecha por los hombres.

Los hombres tomaron la Bastilla y las mujeres tomaron al rey.

El 1.º de Octubre todo fué echado á perder por las damas de Versalles.

El 6 todo fué reparado por las mujeres de París.

